

El relato de un niño

660130

PRIMERA MUERTE, por Antonio Avaria. Editorial Universitaria, "Cormoran", Colección: Los presentes, Santiago de Chile. El siguiente comentario fue escrito especialmente para *Visión* por la escritora mexicana Guadalupe Dueñas.

Con sensibilidad desgarrada, no exenta de ironía, Antonio Avaria pone en boca de un niño el relato de la muerte de su padre. Habla en primera y segunda persona indistintamente. Este cambio de sujeto y de tiempo aumenta el patetismo de su narración y, literalmente, lo ayuda a enriquecer las descripciones. La conmoción íntima es fotografiada con crudeza inclemente. Parece que el autor, abusando de su capacidad de penetración, se regodea en hacer la disección de su angustia, exhaustivamente capta detalles, situaciones, similitudes a las que su ágil pluma inyecta de color y dramatismo. Diríase que goza, abriendo sus heridas y hundiendo en la necrofílica descripción de la muerte.

Al fallecer el padre, el descubrimiento de la ausencia definitiva cae brutalmente sobre el niño que se rebela contra una fatalidad intolerable. Incredulo, observa el desconcierto causado por la muerte

barba dura —te gustaba rasparla— la frente amplia. Una almohadilla de terciopelo recibe su cabeza. Alguien te levanta; dejas un beso en las mejillas endurecidas. Un rictus des acostumbrado en un ángulo de la boca; padre río. La muerte ha puesto filos en los huesos de la frente, en el bosque de las cejas, en los grandes párpados echados, la nariz, el arco de los pómulos a la mandíbula y el mentón. Al besarlos rozas virutas de fierro. Huele a medicinas, a pimienta, a canela. La vez donde retregas tus mejillas ha tomado aspecto ferruginoso. Tu padre está frío, completamente ausente. Del corazón del hijo brota un grito helado. "Has muerto, padre. A tus pies han plantado una cruz de fierro".

El pequeño sigue el ritual del llanto y las imprecaciones. Mira las carrozas que hacen alto frente a la casa. Anhela, mira a los hombres de negro desfilan por el jardín. Examina a los enterradores, encarnizándose en ropaje de pájaros de preta, y no comprende, acompaña al cortejo hasta su última morada.

Tremendismo: El tremendismo de la narrativa de Antonio Avaria es estruendo; nos remite a meditaciones de filósofos y santos que traspasaron su espíritu, en la consideración de lo transitorio de la existencia. Pero en Antonio Avaria todo es negativo: muerte, pasión, erotismo, vida. En sus recuerdos dolorosos aflora solo la ira del que ve en el morir la destrucción sin esperanza. Nos viene a la memoria lo que sobre la muerte han dicho Salomón, Pascal, San Agustín, Calderón de la Barca y tantos otros, para exclamar: ¡Bien haya el hombre que cree en la eternidad!

El autor termina esta especie de "oración fúnebre" y nos presenta al adolescente ya, en el despertar de los sentidos. La sexualidad lo envuelve y vivimos el contrapunto de un erotismo estallante como un reto. Ahora su alma está fija en lo sensorial. Sensualidad exacerbada por la curiosidad y el deseo pero, sin amor, profundamente triste. Las aventuras se suceden: Claudia, la universitaria provocativa y cínica; Ruth, insaciable, desbocada y perversa. Luisa, vacía, prostituida. Angela, Teresa... Charlotte, adúltera sin escrúpulos y la Marsellaise, mujerzuela de oficio.

Esta segunda parte saturada de carnalidad, no conserva el temple dramático y literario de "El Frac" o de "Insinuación

El Relato de un niño. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Relato de un niño. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile